

cia y Cataluña á incorporarse con la de los venecianos que se componia de treinta y cinco. Génova por su parte lanzó al mar hasta sesenta y cinco galeras. Encontráronse las escuadras cerca de Constantinopla, cuyo emperador, Juan Paleólogo, envió nueve de sus galeras en ayuda de los aliados de Venecia y España. Un furioso temporal dispersó la flota genovesa, lo cual no estorbó para que la escuadra confederada la persiguiese, y en el estrecho canal del Bósforo Tracio que divide á Europa de Asia, entre los mugidos de las olas de un mar horriblemente embravecido se dió uno de los mas terribles combates que cuentan los anales de la marina (13 de febrero, 1352). La armada genovesa quedó derrotada, cogiéronsele veinte y tres galeras, estrelláronse otras, gran parte de la gente fué pasada á cuchillo, y muchos se arrojaron al mar. El triunfo costó caro á los vencedores, perdieron catorce galeras, pereció el almirante de la flota valenciana Bernardo de Ripoll, y el almirante en gefe Ponçe de Santa Pau quedó tan quebrantado y recibió tantos golpes en su persona, que de sus resultas sucumbió en Constantinopla al mes siguiente.

Lejos de desalentar los de Génova por aquel contratiempo que parecia decisivo, vióseles al poco tiempo equipar otra armada de cincuenta y cinco naves. Intentó el papa restablecer la paz entre Génova y Aragon, á lo cual contestaba el rey don Pedro que la aceptaría siempre que viniese en ello la señoría de

Venecia, y le entregasen los genoveses la isla de Córcega y lo que le tenían usurpado de Cerdeña. Frustró estas negociaciones la inopinada defeccion del juez de Arborea, que habia sido siempre fiel al rey de Aragon, y concibió el pensamiento de irse apoderando poco á poco de la isla hasta hacerse rey y señor de ella. Esto movió al aragonés á enviar una flota de cincuenta naves al mando del anciano don Bernardo de Cabrera, la cual uniéndose en las aguas de Cerdeña á veinte galeras venecianas batió á la armada genovesa cerca de Alguer, apresóle treinta y tres bageles, y dió muerte á ocho mil genoveses, haciendo tres mil prisioneros. Rindióse Alguer á las armas de Aragon, y convencida Génova de que era demasiado débil para luchar sola contra dos tan poderosos enemigos, echóse en brazos del señor de Milan, Juan Visconti, reconociendo su soberanía (1354).

Continuaba el papa Inocencio VI. (que habia sucedido á Clemente VI. en diciembre de 1352) en su buen propósito de concordar la señoría de Génova con el rey de Aragon, mas todos sus esfuerzos se estrellaban contra la tenacidad de los genoveses, alentados con el nuevo favor del señor de Milan y con la cooperacion del juez de Arborea. Asi á pesar de una nueva batalla naval ganada por el infatigable don Bernardo de Cabrera, Alguer se perdió de nuevo, Villa de Iglesias y otros castillos se entregaron á los rebeldes, y Sacer se veia estrechada por los de Génova. Fuéle pre-

ciso á don Pedro de Aragon acudir en persona á la guerra de Cerdeña. Aprestóse en las costas de Cataluña una fuerte y numerosa escuadra. Un duque alemán, tio del rey de Polonia, y muchos nobles ingleses y gascones vinieron espontáneamente á formar parte de una expedicion que prometia ser famosa. La misma reina de Aragon quiso participar de los peligros y de las glorias de su esposo. La armada, compuesta de cien bageles entre grandes y medianos, se dió á la vela en el puerto de Rosas, y despues de una feliz travesía arribó á la vista de Alguer, donde se le reunieron treinta galeras venecianas. El ataque de Alguer fué terrible, pero no era menos vigorosa y tenaz la resistencia. La escasez de mantenimientos en el ejército real era tal que tenía que proveerse de subsistencias de Cataluña, y las enfermedades diezaban la hueste de Aragon. El rey mismo adoleció de tercianas, que era fatal á los aragoneses aquel insalubre clima, y mas en la estacion del otoño. El dux de Venecia habia espedido una embajada al aragonés para persuadirle á que tratara de concertarse con el poderoso señor de Milan, en cuyo apoyo fundaban sus mayores esperanzas el de Arborea y los genoveses. Por otra parte don Bernardo de Cabrera y don Pedro de Exerica, casado este último con una hermana del juez de Arborea, interpusiéronse con éste para que se redujera á la obediencia del rey, devolviéndole Alguer y otras fortalezas, lo cual se realizó, dejando

el rey al de Arborea y á sus herederos por cincuenta años otros castillos y lugares en la Gallura; concierto que pareció afrentoso á los aragoneses, y resultado que se tuvo por poco digno de tan poderoso rey y de tan formidable escuadra (1355).

Hizo el rey su entrada con la reina en Alguer (Alghero), de donde pasó á visitar á Sacer (Sassari), y de allí se trasladó á Caller (Cagliari), donde convocó á córtés generales á todos los sardos. Astuto y sagaz el juez de Arborea, anduvo entreteniéndolo y rehusando de verse con el rey de Aragon, y ni aun quiso concurrir á las córtés contentándose con enviar á ellas su esposa y su hijo primogénito, y por su causa dejó de asistir tambien Mateo de Oria. La conducta de estos dos personages fué cada vez mas convenciendo al rey de Aragon de que ni estaban en ánimo de cumplir lo capitulado, ni renunciaban al señorío de la isla, para lo cual solo esperaban oportuna ocasion. Fuéle pues forzoso emprender de nuevo la guerra con un ejército menguado por las enfermedades. A este tiempo el papa Inocencio VI., en union con Carlos rey de Romanos, habia logrado poner en paz las dos repúblicas de Génova y Venecia, dejando fuera de ella al rey de Aragon. Era en aquella sazón dux de Venecia Marino Faliero, el mismo que con muchos gentiles-hombres conspiró contra la república por tiranizarla, y siendo descubierta la conjeracion les costó al dux y á los principales conspi-

radores ser decapitados. Viéndose solo el aragonés, entró otra vez en tratos con los rebeldes, y recibió á merced al juez de Arborea con que le restituyese algunos castillos y le hiciese homenaje por otros, con otras condiciones semejantes á las del primer tratado, y perdonó tambien á Mateo de Oria con que le reconociese vasallage por los feudos que tenia en Cerdeña, y se obligase á servir como fiel vasallo al rey. Con esto creyó don Pedro de Aragon poner en buen estado la isla, y dejando algunos de los de su consejo encargados de procurar que el de Arborea cumpliese lo pactado, apresuróse á salir de aquella isla fatal con su armada, y á 12 de setiembre (1355) arribó á Badalona en Cataluña.

Falleció en este tiempo don Luis rey de Sicilia, y sucedióle su hermano don Fadrique que se intituló rey de Sicilia y duque de Atenas y Neopatria: primero que usó de estos títulos, que quedaron de allí adelante á sus sucesores, y hoy los tienen los reyes de España por razon del reino de Sicilia. Era la situacion del reino siciliano sobremanera deplorable. Niño de trece años el rey, llamado el Simple por su escasa capacidad intelectual, dada la gobernacion del Estado á la infanta doña Eufemia su hermana, en guerra no ya solamenté los catalanes y aragoneses de la isla contra los de Claramonte, sino aragoneses y catalanes entre sí, tios y sobrinos, deudos y hermanos, todo era alteraciones, miserias y escándalos, y no ha-

bia mas gobierno ni política que la fuerza y el poder de las armas. «No sé yo de reino ninguno de la cristiandad, dice el juicioso cronista de Aragon, que padeciese en un mismo tiempo tantos trabajos y males como aquel en esta sazón, que tenia por enemiga á la Iglesia, y estaba entredicho, y le hacian guerra la reina Juana y el rey su marido dentro en su casa, y cada dia se le iban ganando lugares y castillos por los de Claramonte, y lo que era última miseria, ser el rey tan mozo y simple, y gobernado por muger, y por parcialidad y bando.....» y habiendo tan grande disension y contienda entre los mismos barones catalanes y aragoneses que le habian de amparar y defender, que era entre ellos mucho mas terrible la guerra que la que solian hacer los enemigos antiguos en los tiempos pasados⁽¹⁾.

Persuadido don Pedro IV. de Aragon de que cumplia á su honor acudir al remedio de tan miserable estado, y mas tratándose de casar á su hija doña Constanza con el rey don Fadrique de Sicilia, como antes se trató de casarla con su hermano don Luis, envió primero embajadores al papa, y despues fué él personalmente á Aviñon (1356), con el doble objeto de hacer que el pontífice entendiese en el remedio de las guerras y males que afligian á Sicilia, y de que arreglase de acuerdo con el colegio de cardenales lo relativo á Cerdeña, sobre cuya isla continuaban las com-

(1) Zurita, Anal. lib. VIII. c. 60.

plicadas pretensiones del rey de Aragon, de la república de Génova, del señor de Milan, del juez de Arborea, y de la casa de los Orias. Pero despues de algunas pláticas las cosas se quedaron en tal estado, ó por mejor decir, vinieron otra vez á rompimiento por la traicion con que Mateo de Oria faltó á todo lo pactado: el rey se volvió á Perpiñan, y otra armada fué enviada prontamente á Cerdeña. No pudo don Pedro alejarse de Perpiñan en razon á las grandes novedades ocurridas en Francia con motivo de la famosa batalla de Poitiers, ganada por Eduardo, príncipe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, en que quedaron prisioneros el rey de Francia y su hijo menor Felipe, y muertos su hermano el duque de Borbon, padre de doña Blanca, muger del rey don Pedro de Castilla, con otros grandes del reino: lo cual no solo impidió que se efectuase el concertado enlace de la infanta doña Juana de Aragon con Luis, conde de Anjou, que estaba á punto de concluirse, sino que entorpeció tambien el de doña Constanza con don Fadrique de Sicilia, que estaba todavía mas adelantado. Las cosas de Sicilia marchaban tan adversamente para don Fadrique, que sin la constancia y maravilloso esfuerzo de don Artal de Alagon hubiera acabado de perder el reino.

Rota por otra parte la guerra entre los dos Pedros de Aragon y de Castilla (de cuyo principio y sucesos daremos cuenta cuando volvamos á la historia de este último reino), poco podia hacer el aragonés ni en

favor de Sicilia ni en favor de Cerdeña, que se convirtieron para él en dos objetos secundarios, absorbida toda su atencion en lo que tenia mas cerca y le interesaba mas directamente. Sin embargo, las cosas de Cerdeña mejoraron algun tanto con la muerte del rebelde Mateo de Oria (1358). Pero las de Sicilia empeoraron tanto para el rey don Fadrique, que no teniendo á quien volver los ojos sino al de Aragon, le rogó encarecidamente le socorriese con una armada, y para mas obligarle hizo donacion de su reino y de los ducados de Atenas y Neopatria y del condado de Carintia en favor de la reina de Aragon su hermana, ó de alguno de sus hijos, el que ella eligiese. Mas el aragonés se hallaba en tal necesidad por la guerra de Castilla, que no solamente no podia socorrer á otros, sino que tuvo que llamar príncipes estraños en propio auxilio y que confederarse con el rey de los Beni-Merines de Africa. Asi fué que convencido de la imposibilidad de atender siquiera á lo de Cerdeña, tuvo á dicha el poder transigir con la república de Génova, cuyo dux era entonces Simon Bocanegra (1360), comprometiendo sus diferencias en el marqués de Montferrato, el cual sentenció que hubiese verdadera paz entre ellos, y que el de Aragon entregase á la señoría de Génova la disputada ciudad de Alguer, y Génova cediese al aragonés la no menos disputada villa y castillo de Bonifacio.

La circunstancia de haber el infante don Fernan-

do, hermano del rey de Aragon, tomado á su cargo la guerra contra el de Castilla (por causas que esplicaremos en otro lugar), permitió al fin al monarca aragonés enviar al atribulado don Fadrique de Sicilia no solo la infanta doña Constanza su prometida esposa, sino tambien un pequeño auxilio de ocho galeras. Las bodas se celebraron en Catania (1361), y con declarar el de Aragon que tomaba bajo su amparo aquel príncipe, y con el socorro de aquella pequeña flota, y con el valor y constancia del conde don Artal de Alagon, defensor incansable de don Fadrique, sufrieron tal mudanza las cosas de aquel reino, que de la última miseria y adversidad en que estaban pasaron á suceder próspera y felizmente para el protegido de Aragon, cayendo en abatimiento la causa de la reina doña Juana, prestándose todas las parcialidades á obedecer á su legítimo rey, quedando ya muy pocas ciudades en poder de sus enemigos, y comenzando don Fadrique á ejercer de hecho una autoridad y á revestirse de una soberanía que hasta entonces habia sido solamente nominal.

En una ocasion estuvo ya el rey don Pedro á punto de ser privado del reino de Cerdeña por la misma silla pontificia. La guerra de Castilla le habia puesto en tan grande estrecho y necesidad, que como medio único para poder sustentar su gente procedió á la ocupacion de todos los bienes de la cámara apostólica, y de los frutos y rentas de todos los beneficios

de los cardenales y otros eclesiásticos que se hallaban ausentes del reino, y esto lo hacia á público pregon. Noticioso de ello el papa Urbano V., reunió el consistorio, y en él se trató de excomulgarle y poner su reino en entredicho, privándole además del reino de Cerdeña, y dando su investidura á otro. Reflexionando entonces don Pedro que si la Iglesia diese aquel reino al juez de Arborea en un solo dia podrian rebelársele todos los sardos, recordando la historia de sus mayores, y que ningun monarca por poderoso que fuese habia tenido contra sí la Iglesia que á la postre no hubiera redundado en su daño, envió á su tío el infante don Pedro para que le escusara ante el pontífice, y le espusiera al propio tiempo que él habia consultado á grandes letrados, y que estos unánimemente le habian dicho que en estremas necesidades como era la suya, podia tomar no solo los frutos y rentas eclesiásticas, sino todo el oro y la plata de las iglesias devolviéndolo á su tiempo, puesto que era para defender la tierra, lo cual redundaba en beneficio universal de clérigos y legos. En fin, con la ida del infante don Pedro se sobreyó en aquel asunto (1364), mas lo que el papa no llegó á conceder trató el juez de Arborea de tomarlo de propia autoridad, logrando poner en armas la mayor parte de los sardos.

De tal manera progresaba en su rebelion Mariano, juez de Arborea, que el rey en medio de sus vastas atenciones se vió precisado á enviar nuevos refuerzos

(1366) al mando de don Pedro de Luna, uno de los principales ricos-hombres y de los mas valerosos del reino. Llegó éste en 1368 á tener cercado al de Arborea en Oristan, pero un descuido que tuvo, dejando á sus tropas esparcirse por la comarca, le aprovechó tan grandemente el de Arborea que cayendo sobre el real de rebato rompió y desbarató el campo aragonés, quedando allí muertos don Pedro de Luna y su hermano don Felipe con otros muchos caballeros: golpe que puso en el mayor peligro la isla, y que inspiró al rey el pensamiento de volver allá en persona con la armada, y residir en ella hasta reducir la á su obediencia. Llegó á pregonarse la ida del rey (1369), y aun se dieron los guiajes á los que habian de ir en la expedicion, si bien mas con intento de alentar á los suyos que de ponerlo entonces por obra. Mas entretanto el juez de Arborea se iba apoderando de la isla, entregósele la ciudad de Sacer, puso en grande aprieto al gobernador del castillo, y estuvo ya para perderse la isla, discordes entre sí los pocos catalanes y aragoneses que en ella quedaban, y desavenidos el capitan general y el gobernador del castillo.

Apelaba ya el rey de Aragon á recursos estremos para mantener aquella posesion que veia escapársele. En 1371 se concertó con un caballero inglés llamado Gualter Benedito para que con una hueste de ingleses y provenzales fuese á sostener las ciudades que le que-

daban en Cerdeña, y dió á Gualter el título de conde de Arborea. Mostrábase ya los pueblos de su reino altamente disgustados y aun irritados con los gastos, impuestos y sacrificios de oro y de sangre que costaba el empeño de sostener aquella conquista, y en la cual decian, no habia persona principal que no hubiese perdido algun deudo muy cercano. «Que deje el rey, añadian, para los mismos sardos esa tierra miserable y pestilencial, de gente vilísima y vanísima, y que sea guarida para los corsarios genoveses, y poblacion de desterrados y malhechores. ¿Qué premio son sus bosques y montañas llenas de fieras en recompensa de tantos y tan escelentes caballeros como han muerto en su conquista? ¿Qué cotejo tiene la isla de Sicilia, y los fértiles y abundosos campos de Girgenti y de Lentini, con los miserables yermos de esa isla, cuyo aire y cielo es ademas pestilencial?» Pero el rey se obstinaba en su defensa como si se tratase de una pertenencia principal de su corona. Poco prosperó sin embargo con la ayuda de aquellos auxiliares estrangeros, porque en cambio los genoveses, sin tomar en cuenta la paz que tenian asentada con el de Aragon, equiparon y enviaron en 1373 una gruesa armada á Cerdeña en favor del juez de Arborea. El incansable aragonés no obstante tener entonces su reino amenazado por Francia, por Mallorca y por Castilla, todavía no desistió de despachar mas refuerzos á Cerdeña al mando de don Gilabert de Cruy-

llas. La guerra continuaba para mal de todos en aquella isla desventurada. Los aragoneses á quienes su mala suerte tenia allí se hallaban en el estremo de la miseria y de la desesperacion: los que defendian al juez de Arborea tampoco gozaban de condicion mas ventajosa: el papa Urbano VI., nada propicio al rey de Aragon, y de índole naturalmente áspera, le conminó tambien con privarle de la isla: en tal situacion, y como remedio parcial que no hacia sino prolongar la enfermedad y hacerla crónica, renovó en 1378 la paz con la señoría de Génova, en términos semejantes á la que antes se habia hecho por mediacion del marqués de Monferrato.

Continuaron asi las cosas de Cerdeña hasta 1383, en que cansados los mismos sardos que se levantaron con Mariano, juez de Arborea, y con Hugo, su hijo, de su tiránica dominacion, se rebelaron contra él y le mataron, ensañándose en su persona y ejecutando con él las propias crueldades que él habia usado y le habian visto ejecutar. Creyóse entonces que los mismos sardos se vendrian á la obediencia del rey de Aragon, ó que seria fácil reducirlos. Corroboraba esta idea la circunstancia de haber venido á Monzon, donde el rey celebraba córtes, el caballero Brancaleon de Oria, casado con Leonor de Arborea, hermana del último juez, ofreciendo servir al monarca en reducir á su obediencia aquella isla. Recibióle grandemente don Pedro, y le dió el título de conde de Monteleon. Pe-

ro engañáronse todos. Los sardos pensaron entonces en hacer aquel reino un estado libre é independiente, y en el caso que no lo pudiesen alcanzar entregarse á la señoría de Génova. Esta resolucion tan contraria á los derechos de la Iglesia como á los del monarca aragonés, fué causa de que procurasen el rey don Pedro y el papa Urbano entenderse y confederarse, con ánimo cada cual de sacar para sí el mejor partido de la nueva situacion. Mas habiendo sido avisado en este tiempo el aragonés, de que doña Leonor de Arborea con su hijo recorrian la isla apoderándose de todas las ciudades y castillos que habia tenido el juez su hermano, retuvo el rey en su poder á Brancaleon su marido, hasta que éste le hizo y juró pleito homenaje, de que en llegando á Cerdeña reduciria á su esposa y su hijo á que se sometiesen al rey, y cuando no pudiese haberlos se entregaría á Bernardo de Sennesterra, gefe de la armada aragonesa que iba á partir para la isla, para que le tuviese en el castillo de Caller. Asi sucedió. Brancaleon no pudo recabar de su muger que viniese á concordia, que era doña Leonor muger no menos resuelta y de no menos ambicion y orgullo que su hermano, y Brancaleon su marido cumplió su compromiso de darse á prision en el castillo de Caller.

Pór último, en 1386, el poderoso rey de Aragon se vió en la necesidad de transigir con una muger, pactando con doña Leonor de Arborea: 1.º que per-

donaria á los sardos rebeldes y les confirmaria las libertades y franquezas que doña Leonor les habia concedido por diez años: 2.º que pondria en libertad á Brancaleon de Oria, su marido, y á todos los que estaban presos en Cerdeña: 3.º que en los castillos que habian sido antes del rey pondria éste la guarnicion que quisiese, escepto en el de Sacer, cuyos soldados habian de ser sacereses: 4.º que ningun aragonés ni catalan de los heredados en la isla habia de residir en ella: 5.º que habria un gobernador en toda la isla, y un oficial y un administrador en cada lugar para recaudar las rentas reales, pero que todos los demas oficiales serian naturales de la isla: 6.º que los oficiales reales se relevarian de tres en tres años, y que los que hubiesen gobernado mal no podrian volverse al país: 7.º que con estas condiciones le serian restituidos al rey todos los pueblos y castillos que eran de la corona real antes de la guerra: y 8.º que á doña Leonor le quedaria todo el estado que fué del juez de Arborea, su padre, antes de la rebelion, pagando lo que en este tiempo no habia satisfecho por el feudo. Esta humillante concordia fué jurada por el rey en Barcelona (agosto, 1386). Pero ni esto se pudo cumplir por la muerte que luego sobrevino á don Pedro IV., y Brancaleon de Oria y su muger doña Leonor perseveraron despues en su rebelion, dejando don Pedro en herencia á su sucesor, despues de tantos años, la fatal cuestion de Cerdeña.

Veamos el rumbo que tomaron las cosas de Sicilia durante el reinado de don Pedro IV. de Aragon.

Por un pacto celebrado en 1372 entre el rey don Fadrique de Sicilia y la reina doña Juana de Nápoles, su constante competidora, habíase convenido en que don Fadrique tuviese por sí y por sus sucesores la isla de Sicilia, ó el reino de Trinacria con las islas adyacentes por la reina doña Juana y sus hijos y descendientes legítimos tan solamente, haciéndole pleito-homenaje y pagándole un censo anual: y en que don Fadrique y sus sucesores se intitularian reyes de Trinacria, y la reina y los suyos tomarian título de reyes de Sicilia, teniendo cada reino diverso título por sí. En cuanto á la sucesion del reino de Trinacria, declaró el papa que pudiesen suceder hijas en defecto de varones, contra la antigua costumbre de aquel reino. En su consecuencia habiendo muerto don Fadrique III. en 1377, debia sucederle la infanta doña María su hija, nieta de Pedro IV. de Aragon. Pero este monarca que veia una nueva carrera abierta á su ambicion, apresuróse á protestar ante el papa y los cardenales contra la declaracion de suceder las hembras, esponiendo que en conformidad al testamento del primer Fadrique de Aragon que habia reinado en Sicilia, le pertenecia á él aquel reino por muerte de otros mas inmediatos sucesores varones, ofreciendo recibir su investidura de mano del pontífice y hacer reconocimiento del feudo á la Iglesia, pero suplicando